



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

LOS SERVICIOS DE INTELIGENCIA EN LA GUERRA DEL 98

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

Uno de los aspectos menos conocidos de la guerra que enfrentó a España y los Estados Unidos es el relativo a los servicios de inteligencia, lo que vulgarmente se conoce como espionaje. De hecho, y al menos desde la crisis del "Virginius" en 1873, ambos países consideraron que la cuestión cubana les terminaría llevando a un enfrentamiento armado, por lo que se observaron con todo interés. Prueba de ello fue la atención con la que la Revista General de Marina siguió desde entonces los progresos de la marina estadounidense. De modo parecido, la Oficina de Inteligencia Naval americana (ONI), comenzó a recoger toda clase de información sobre los buques españoles.

Los servicios españoles

TODOS estos temores no hicieron sino agravarse con la insurrección cubana de 1895 y la continuas injerencias estadounidenses, lo que hizo que el nuevo agregado naval en Washington, el Alférez de Navío **Gutiérrez Sobral**, comenzara a enviar una muy completa información no sólo sobre los barcos americanos y sus dotaciones, sino sobre su ejército y defensas costeras. El cuadro resultante revelaba numerosas carencias e insuficiencias en el futuro enemigo, que desgraciadamente, por los

errores y debilidad españoles, no se pudieron explotar convenientemente.

Pero Sobral se había “quemado” en su misión, y poco antes del estallido de la guerra, fue relevado por el Teniente de Navío **Ramón Carranza**, un ferrolano de 35 años que se había distinguido en la lucha contra los insurrectos, habiendo merecido en ella dos Cruces del Mérito Militar y una de María Cristina.

Al declararse la guerra, todo el personal diplomático y consular español acreditado en los EE.UU. tuvo que hacer las maletas, obviamente, pero no volvió a España, sino que se trasladó a la entonces colonia británica de Canadá, de Vancouver a Halifax, y allí, bajo la dirección del antiguo secretario de Embajada en Washington, **Juan Dubosc** y el propio Carranza, empezó pronto sus actividades. Toda la estructura había sido organizada por el propio embajador, **Polo de Bernabé**, quien continuó viaje a España.

“La secretaria de la delegación estadounidense que acudió a París, la señora Atkinson, era un agente español, y éstos se contaban hasta entre las tropas de Shafter, así el sargento Elmhurst, del 3º de Caballería, se dejaría coger prisionero a la primera oportunidad para pasar información, identificándose por su anillo de plata y por la contraseña: ‘confianza blanca’.”

Por supuesto que ésta era sólo la parte visible y legal de la red española, que tenía por convencimiento, o por dinero, numerosos agentes en los EE.UU. Buena parte de aquella red procedía de la establecida allí para vigilar las actividades de los insurrectos cubanos. Para valorar su importancia cabe decir que la secretaria de la delegación estadounidense que acudió a París, la señora **Atkinson**, era un agente español, y que éstos se contaban hasta entre las tropas de **Shafter**, así el sargento **Elmhurst**, del 3º de Caballería, se dejaría coger prisionero a la primera oportunidad para pasar información, identificándose por su anillo de plata y por la contraseña: “confianza blanca”. Durante la guerra otros se ofrecieron como espías a Carranza y a Dubosc, pero fueron de escasa utilidad, por ser agentes provocadores, simples aventureros o haber sido detectados por el contraespionaje enemigo.

Las informaciones transmitidas por telégrafo y en clave desde Montreal eran muy valiosas, así por ejemplo, se pudo avisar a **Cervera** con anticipación de que **Sampson** pensaba embotellarle en Santiago hundiendo en la boca del puerto un transporte averiado de su escuadra. En el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, se conservan más de setenta de aquellos telegramas cifrados. Como es

habitual, también se cumplieron misiones de contrainformación, divulgando rumores.

Por si fuera poco, la red, que se extendía en realidad a toda la cuenca del Caribe, contratava vapores mercantes neutrales, los llenaba de comida y medicinas, y los enviaba a forzar el bloqueo en Cuba, donde los alimentos eran desesperadamente necesarios; muchos fueron apresados, pero al menos 22 lo consiguieron, y algunos por varias veces, dando un nuevo motivo de inquietud al enemigo, cuya estrategia de bloqueo de la isla buscaba justamente su rendición por inanición.

Pero el proyecto principal era el suministrar información para un proyectado "raid" de la Escuadra de Reserva al mando del Almirante **Cámara** sobre la costa Este de los EE.UU. y su tráfico marítimo, para lo que uno de los cónsules se había acreditado en Hamilton, Bermudas. El espionaje americano descubrió la operación, pero le faltaban pruebas para denunciarla ante las autoridades británicas, así que las fabricó, tras interceptar, falsear e interpolar una carta personal de Carranza al Capitán de Navío de 1º clase **Gómez Imaz**, destinado en el Ministerio de Marina en Madrid. Ante ello, las autoridades británicas decidieron expulsar a Dubosc y a Carranza, lo que hizo abortar el proyectado ataque de la Escuadra de Reserva.

Teóricamente los británicos actuaron de forma totalmente acorde con las reglas de la neutralidad, pero lo cierto es que no tomaron medida alguna cuando se supo que dos cónsules norteamericanos anteriormente acreditados en España, utilizaban Gibraltar como observatorio privilegiado para informarse de los preparativos de la escuadra de Cámara. En la contienda, de hecho, Gran Bretaña actuó en favor de los intereses estadounidenses, no ya por la simpatía que derivaba de la afinidad, sino y especialmente, porque dudaba que España pudiera conservar sus colonias, y ante la eventualidad de que las perdiera en beneficio de otra potencia, los británicos preferían que pasaran a manos de sus virtuales aliados estadounidenses mejor a que cayeran en las de una potencia hostil.

Sin embargo, la red española, y pese a nuevas caídas de agentes, siguió funcionando durante toda la guerra, ahora dirigida por el cónsul en

“Las informaciones transmitidas por telégrafo y en clave desde Montreal eran muy valiosas, así por ejemplo, se pudo avisar a Cervera con anticipación de que Sampson pensaba embotellarle en Santiago hundiendo en la boca del puerto un transporte averiado de su escuadra.”

Montreal, Sr. **Bonilla**, suministrando información e intentando hacer llegar víveres a la angustiada Cuba. Pero sin una escuadra que disputara el dominio del mar aquella era ya una tarea imposible y la resistencia no se pudo prolongar.

Una misión discreta

Tras la expulsión decidida por las autoridades británicas, Dubosc ofreció sus servicios como simple soldado al general Blanco, pero Carranza, en vez de volver a España, desapareció en Canadá, pues tenía otros planes.

El marino, disfrazado, cruzó todo Canadá hasta Vancouver, en la costa del Pacífico, donde pensaba realizar su atrevido plan. Se trataba de adquirir allí un buen vapor neutral, armarlo someramente y dedicarse con él, como crucero auxiliar, a atacar el tráfico mercante estadounidense procedente de Alaska, entonces en plena "fiebre del oro", así como a las importantes pesquerías allí radicadas. Tras el "raid", se dirigiría a aguas hawaianas y japonesas, donde esperaba hacer nuevas presas y luego dejarse internar en el puerto ruso de Vladivostock.

Carranza hizo el viaje solo, temiendo a cada momento ser sorprendido por la policía británica o por los agentes norteamericanos, llegando a Vancouver el 30 de Junio. Se alojó en una casa particular de Victoria, alquilada para él por el señor **Cabrejo**, vicecónsul español acreditado, y allí se encerró sin salir siquiera a la calle, aunque comenzó inmediatamente sus gestiones, y sólo el 21 de Julio se le incorporaron dos agentes.

Para su plan necesitaba tripulantes para el barco, pero esto también se había previsto: los estadounidenses habían apresado al comienzo de la guerra varios vapores españoles, las tripulaciones, como personal civil, no estaban encarceladas, sino confiadas a la custodia del cónsul de Austria-

Hungría en Nueva York, ya que era esa potencia la que cuidaba de los intereses españoles en los EE.UU. mientras durase la contienda. Muchos de aquellos hombres eran de la "Trasatlántica", que, como sabemos, tenía armados sus vapores-correo, por lo que aparte de navegar sabían

"Carranza, con sólo un par de agentes, el escaso personal del consulado en Vancouver, y a un coste total de 760 \$, más la fianza dada por el vapor, había conseguido distraer durante toda la guerra a dos cruceros enemigos y a buena parte de su contraespionaje."

atender piezas de artillería, sin contar con que muchos tendrían cumplido el servicio militar y en la propia Armada. Había en total más de cuatrocientos hombres, y bastaría con cien voluntarios.

Los marineros saldrían en grupos hacia Halifax, y desde allí se dirigirían a Vancouver, mientras el resto, para enmascarar la operación, se volverían desde el puerto canadiense a España, simulando que todos eran repatriados. Incluso se contaba con la complicidad del cónsul de Chile para hacerles pasar por emigrantes chilenos, o aparentarían ser mineros italianos con destino a Alaska. Pronto se dispuso la partida de los primeros cuarenta.

No faltaban tampoco voluntarios entre los marineros y buscadores de oro del puerto canadiense, pero Carranza no se fiaba de gentes de dudosa calaña y fidelidad. Al final se decidió a reclutar algunos de los mejores, eso sí, bien vigilados por los agentes españoles, que ya sumaban una decena. También se recibió alguna solicitud de patente de corso por algún capitán extranjero, pero España había renunciado a él durante la guerra, y además pronto se pudo saber que el peticionario no era sino un agente provocador.

Tras reconocer algunos vapores, al final quedó apalabrado el ruso "Amur", por 2.500 dólares de fianza y coste total de 70.000, construido en 1890, de más de 900 toneladas de registro bruto, y más rápido, con sus trece nudos, que el único buque americano de alguna entidad que vigilaba aquellas aguas, el crucero "Wheeling". Para el armamento se contaba con dos viejos cañones, se encargaron revólveres y carabinas "Winchester" en armerías comerciales, e incluso se compraron treinta sables de abordaje diciendo que eran para una compañía teatral.

Era inevitable que algo de todo ello se filtrara, y pronto se destacó a aquellas aguas un nuevo crucero americano, el "Bennington", para investigar los rumores sobre el supuesto corsario español, mientras el "Wheeling" protegía las pesquerías.

El buque americano comenzó sus patrullas costeras, y Carranza no tardó en anotar sus rutinas, así como que la dotación, tras la expectación de los primeros días, empezó a relajarse en exceso. Lejos de desanimarse por el nuevo enemigo, Carranza planeó tomarlo al abordaje de noche y por sorpresa, tras haber anotado la ubicación de los centinelas y la distri-

“Carranza pasó a la reserva en 1918 con el grado de contralmirante, tras simultanear su carrera con una intensa actividad política en el Partido Conservador, con escenario principal en Cádiz.”

bución interior del buque. Una vez posesionado del barco, y junto con el "Amur", emprendería su campaña corsaria, planeando ahora no dejarse internar en un puerto neutral, sino volver a España.

Tal plan puede parecer fantástico, pero casos semejantes se han dado en la historia naval, y desde luego, Carranza, con su valor más que acreditado en combate en Cuba, donde había recuperado al abordaje la goleta "Delia", apresada por los insurrectos, entre otras hazañas, estaba más que capacitado para aquella aventura. Sólo lamentaba ser el único oficial presente, pues si algo le pasaba a él, que no dudaba en que tendría que estar a la cabeza de la partida de abordaje, toda la operación se vendría abajo. También lamentó el que no se le hubieran enviado en Mayo como solicitó, algunos oficiales, clases y marineros de la Armada a Canadá, convenientemente disfrazados, lo que hubiera facilitado en extremo su proyecto.

Pero al final, todos aquellos planes, realistas o no, fallaron, pues la prensa estadounidense empezó a especular con las actividades demasiosos favorables a España del personal diplomático austríaco, y el cónsul en Nueva York, temiendo verse descubierto, decidió el 26 de Julio reembarcar a todos los prisioneros rumbo a España.

Así que el apenado Carranza tuvo que renunciar a sus proyectos, no sin lamentar los retrasos impuestos por el secreto y por el hecho de que el cónsul español en Halifax, Bonilla, que había quedado al mando de todo, no recibió sino con retraso instrucciones del Ministerio de Estado.

"Aparte de la ya citada ONI (Oficina de Inteligencia Naval), lo cierto es que el espionaje americano dejó que desear durante la guerra, y poco aportó a la victoria."

Pese a ello, Carranza, con sólo un par de agentes, el escaso personal del consulado en Vancouver, y a un coste total de 760 \$, más la fianza dada por el vapor, había conseguido distraer durante toda la guerra a dos cruceros enemigos y a buena parte de su contraespionaje. Y ello por no mencionar a la policía británica y al destructor "Sparrowhawk" de la misma nacionalidad, también decididos a impedir su proyecto.

Tras el armisticio, el Teniente de Navío reapareció en público y pudo repatriarse sin problemas. Pero toda la operación fue llevada y sufragada por el Ministerio de Estado, y se consideró tan secreta que ni siquiera apareció en su expediente personal como oficial de la Armada, aunque los informes de Estado consiguieron se le recompensase

de forma encubierta, mejorando sus recompensas por la campaña anterior a los insurrectos, lo que significó la concesión de la Cruz de San Fernando, máxima condecoración que mereció sin duda por un valor y una entrega no muy comunes.

Carranza pasó a la reserva en 1918 con el grado de contralmirante, tras simultanear su carrera con una intensa actividad política en el Partido Conservador, con escenario principal en Cádiz.

Los servicios americanos

Cabe, por último, referirse someramente a las actividades en el mismo plano de nuestros enemigos. Aparte de la ya citada ONI (Oficina de Inteligencia Naval), lo cierto es que el espionaje americano dejó que desear durante la guerra, y poco aportó a la victoria.

Sólo en fecha tan tardía como el 16 de Abril, el jefe del Servicio Secreto de la Secretaría del Tesoro, **John Wilkie**, obtuvo un corto presupuesto de 5.000 \$ para organizar unos servicios hasta entonces inexistentes, y aunque el 16 de Mayo tal presupuesto se aumentó a una cifra diez veces superior, persistió el carácter improvisado y poco eficaz del servicio.

Para paliar en parte esas deficiencias hubo que recurrir a contratar los servicios de la conocida agencia de detectives "Pinkerton", especialmente en lo referente al contraespionaje. Pero la tal agencia era entonces más conocida por lo expeditivo y ostentoso de sus métodos que por su eficiencia real.

De mucho más valor resultaron las informaciones suministradas por los insurrectos cubanos y filipinos o los anexionistas puertorriqueños. Por poner un ejemplo, tal información resultó decisiva para las tropas de Shafter que atacaron Santiago de Cuba, que, aunque parezca increíble, carecían incluso de una cartografía adecuada.

Otra gran ayuda vino de Gran Bretaña, no ya de su gobierno, virtual aliado de los Estados Unidos durante la contienda, sino incluso de funcionarios y particulares que, influidos por la entonces cálida atmósfera de hermandad anglosajona, pasaron por propia iniciativa toda clase de in-

“Realmente, si la suerte de la contienda la hubieran decidido exclusivamente los respectivos servicios de inteligencia, su resultado hubiera sido bien distinto, pero lo decisivo en ella fue la debilidad española ante la potencia norteamericana y su agotamiento tras largos años de luchas contra la insurrección.”

formaciones a sus "primos" americanos.

Tras el espectacular fracaso en localizar la escuadra de Cervera, los mayores esfuerzos del espionaje americano se dirigieron a conocer la fuerza y el destino de la mencionada Escuadra de Reserva de Cámara, pues se dudaba si seguiría con sus planes de atacar la costa Este de los EE.UU. o se la enviaría en socorro de Filipinas. Y en cualquiera de los dos escenarios, su aparición bien hubiera podido resultar decisiva.

Buena parte de la información fue recogida por los agregados navales estadounidenses acreditados en embajadas europeas, especialmente los de Lisboa, Londres y París. El último especialmente, **William Sims**, obtuvo buenos resultados al conseguir un informante cercano al embajador español en la capital francesa, el Sr. **León y Castillo**. Aparte cabe recordar los dos cónsules establecidos en Gibraltar y una serie de agentes estadounidenses infiltrados en España bajo diversos disfraces.

Lo decisivo fue que la escuadra de Cámara, enviada con destino a Filipinas, fue entretenida con diversos pretextos por las autoridades británicas en el Canal de Suez, por lo que, cuando ya surcaba las aguas del Mar Rojo, recibió orden de volver a España, pues la de Cervera había sido destruida y se esperaba un ataque de la escuadra americana contra las costas españolas, temiéndose incluso por la suerte de las Canarias. Y aunque tal ataque fue

desaconsejado por el gobierno británico, que deseaba limitar la guerra en todos los sentidos, la única opción que le quedaba ya a España era solicitar el armisticio.

Realmente, si la suerte de la contienda la hubieran decidido exclusivamente los respectivos servicios de inteligencia, su resultado hubiera sido bien distinto, pero lo decisivo en ella fue la debilidad española ante la potencia norteamericana y su agotamiento tras largos años de luchas contra la insurrección.



Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ